

De clase incomoda a pilar de la revolución

El campesinado en la primera asamblea nacional del movimiento cooperativo

Juan Hernández Pico, SJ

Miembro del consejo de redacción revista Envío

“Somos dos veces más fuertes que el Consejo Superior de la Empresa Privada...Las revoluciones no surgieron para castrar las iniciativas del campesinado...Creemos en la democratización de la economía en el campo...Nuestro aporte ha sido apropiarnos del proyecto de economía mixta política, económica e ideológicamente y también del proyecto anti-imperialista...El gran crimen sería permitir que al campesinado lo vuelvan a enredar los partidos políticos de siempre...Los campesinos nos vamos a insurreccionar como los indios y nuestra flecha va a ser la historia de nuestra verdad comarca por comarca...Nos sentimos orgullosos junto con el MIDINRA, porque si en algo vamos a ser dogmáticos es en la unidad de sacar adelante este movimiento...”

(Cro. Daniel Núñez)

“Ni una sola pulgada de tierra sometida a la Reforma Agraria va a ser devuelta: no la confiscada a somocistas, porque sería devolver lo que nunca fue suyo sino robado al pueblo; no la expropiada por ociosa, porque la necesidad social está siempre por encima de la individual; y tampoco la expropiada por utilidad pública.”

(Comandante Jaime Wheelock)

La emergencia del campesinado.

Estas afirmaciones del presidente de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG), en sus dos discursos de inauguración y de clausura de la Primera Asamblea Nacional del Movimiento Cooperativo, fueron transparentes en su elocuencia. Igualmente elocuentes lo fueron las que el Comandante Wheelock pronunció para expresar una vez más el carácter revolucionario del proceso en el agro. En la asamblea estaban también ampliamente presentes los campesinos, los pequeños productores

y los medianos y grandes productores chapollos individuales, afiliados a UNAG. Razón de más para leer en las palabras de Daniel Núñez la expresión de un campesinado que reclama en el agro su carácter de sujeto histórico por encima de la burguesía agraria, que sostiene su reivindicación de ser clase fundamental del proceso revolucionario nicaragüense, que proclama su identidad en términos nacionales al mismo tiempo que defiende la base local, comarcal, de su participación en el poder popular, que transforma su memoria histórica de explotación y de sangre en postura política madura y definida, y

que exige del estado y del Frente Sandinista una profunda democratización para su organización gremial.

La emergencia del campesinado nicaragüense es producto de una historia en la que se debate la orientación del proyecto revolucionario sandinista: ¿Se busca una rápida modernización agroindustrial sin más sujeto social que el estado, un puñado de administradores y tecnócratas y el proletariado, manteniendo al campesinado y a las demás clases populares como aliados políticos de segunda categoría, objeto de beneficios sociales? ¿O se pretende una profunda revolución en la relación entre la ciudad y el campo, potenciando al campesinado, en toda su variedad y multiplicidad, como punta de lanza capaz de impulsar una auténtica alianza de clases revolucionarias, de la cual el Estado sea condensador y como *alter ego*? En este debate se juega una visión del verdadero país que Nicaragua es y de las posibilidades reales que para avanzar revolucionariamente le proporciona su estructura de clases y el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas y de sus relaciones sociales de producción.

Un campesinado consciente de su fuerza productiva y política.

El movimiento cooperativo representa hoy alrededor del 20% de la población económicamente activa en el agro. Son más de 88 millos socios cooperados en las 3.533 diversas formas organizativas afiliadas a UNAG (habría que añadir más de otros 20 mil si se consideraran las cooperativas no afiliadas a UNAG). Estos socios representan a una población total de casi medio millón de personas (474.572). Entre ellos trabajan más de un millón y medio de manzanas (1.622.564) de tierra, es decir alrededor del 20% de la tierra cultivada de Nicaragua y casi 25 veces el área cultivada por el movimiento cooperativo guatemalteco (64.884 manzanas). Estas cifras revelan ciertamente la profundidad, al menos política, de la reforma agraria que el pro-

ceso revolucionario nicaragüense ha llevado a cabo.

La contribución de los campesinos cooperativistas a la defensa del país ha sido impresionante. Durante la guerra de agresión en estos 8 años el movimiento contabiliza 5.352 caídos, 3.086 entre secuestrados y desaparecidos, 1.326 viviendas destruidas, 15.665 cabezas de ganado perdidas, además de la destrucción de infraestructura productiva y cultivos.

Cualquier grupo productivo nicaragüense de estas dimensiones y con esta dedicación a la revolución sería cuantitativamente importante en la economía de Nicaragua y en el bloque de alianzas políticas que protagoniza el proceso. Pero la importancia cualitativa del campesinado y, dentro de él, del movimiento cooperativista reside en que es el único sector numéricamente importante que puede encontrar satisfechas revolucionariamente sus reivindicaciones de clase con alguna facilidad en la Nicaragua actual. La tierra nicaragüense goza de una renta diferencial favorable y el campesinado es susceptible de una formación y capacitación capaces de hacer que se eleve rápidamente su productividad. En el marco de una revolución —al revés que bajo hegemonía capitalista— la forma de organización cooperativa de la producción, del crédito o de los servicios, puede transformar las relaciones sociales, encaminándolas hacia diversos estilos de asociaciones libres de trabajadores. Si ello va unido a una transformación de las relaciones políticas, que respete en el campesinado una amplia autonomía democrática de sus decisiones sobre producción, crédito, tecnología y precios, en colaboración con un poder estatal que maneje hegemonícamente la problemática plan-mercado, entonces es posible hacer del campesinado un componente —principal del eje de acumulación necesaria para el despegue del país.

En su discurso inaugural Daniel Núñez señaló que el campesinado cooperativista siembra el 78% del área nacional de maíz, el 59% del área de frijol, el 47% del área cafetalera, el 42% del área dedicada al sorgo industrial, el 32% del

área de arroz tradicional, el 73% del área de ajonjolí y el 12% del área algodonera. Es, pues, evidente la importancia económica del movimiento cooperativo, su potencial tanto en la producción alimentaria como en la agricultura de exportación, sin contar la producción ganadera, alta también.

Una asamblea democrática que sacudió al Olof Palme.

La Asamblea Nacional del Movimiento Cooperativo tuvo una preparación inmediata que cubrió desde el 20 de Julio de 1989 al 20 de Septiembre. Se tuvieron en ese periodo 2.891 asambleas de cooperativas en las que participaron 70.800 cooperativistas. El objetivo fue elaborar un diagnóstico para conocer la realidad del movimiento cooperativo, el peso que tiene en la economía de Nicaragua y los principales logros, problemas, planteamientos, soluciones y compromisos, cuyo enfrentamiento permita contribuir activamente a resolver la crisis económica del país, superando debilidades internas del movimiento y condicionamientos externos negativos, así como entrando a un proceso de organización más profundo que parta de las bases en el territorio comarcal.

En el Centro de Convenciones Olof Palme, los días 12 y 13 de Septiembre de 1989, más de 1200 asambleístas se dieron cita. La mañana del día 12 fue cubierta por el discurso inaugural del presidente de la UNAG, Daniel Núñez, y por la intervención del Ministro de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria, Comandante Jaime Wheelock. Daniel Núñez señaló como política fundamental del cooperativismo levantar la ganadería, la caficultura y los granos básicos. Esta es realmente la combinación de producción de una parte importante del campesinado, sobre todo en las regiones quinta, sexta y primera, y es esta también la iniciativa que puede asentar una primera recuperación de la crisis económica enraizada fundamentalmente en ocho años de guerra, comenzando a apuntalar la autosuficiencia alimentaria y el aumento de ex-

portaciones del país. El presidente de la UNAG insistió también en la necesidad de que las cooperativas transformen su relación con los técnicos, atrayéndolos a su interior como miembros más estables del esfuerzo productivo, enfrentándolos con los verdaderos problemas económicos y tecnológicos, ayudando a elevar su nivel político e ideológico e introduciéndolos en una relación dialogante que vaya difuminando, hasta eliminarlo, su hábito de imponer paquetes tecnológicos y decisiones productivas o crediticias abstractas.

El Comandante Jaime Wheelock, en la parte más importante de su discurso, identificó los problemas fundamentales que, a su juicio, afectan a las cooperativas: debilidades culturales, escasez de recursos para reactivar tierras recibidas en malas condiciones, rehabilitación de las cooperativas en zonas de guerra, reorientación hacia una producción más eficiente, y fortalecimiento de su marco organizativo.

La tarde del día 12 se formaron 14 grupos de discusión, según énfasis temáticos, para debatir la Plataforma de Lucha elaborada a partir del diagnóstico. Estuvimos presentes en varios de ellos y pudimos detectar un grado de participación y una franqueza en el debate que se reflejaron en la mañana siguiente, 13 de Septiembre, cuando se dieron a conocer los resultados. La democratización de la economía en el campo fue el tema principal que destacó en todas las relatorías de los secretarios de grupos. Se concretó en la exigencia de una nueva ley de cooperativas en consulta desde las bases a través de todas las instancias; en la demanda de la seguridad de la titulación de las tierras afectadas por la reforma agraria, incluso a través de la creación de un Registro Agrario especial para estas propiedades surgidas de ella; en la concepción de una organización del movimiento cooperativo que brote de los problemas detectados en la base y, para que preserve la participación democrática, pase a crear organización territorial de nivel superior al comarcal sólo a medida que la necesidad sea sentida como forma de solución a aquellos problemas concretos; en la exigencia de un cambio

de mentalidad en el Estado (y en el Frente Sandinista y la misma UNAG también) que acabe con todo tipo de estilos impositivos y tome en serio el potencial económico del cooperativismo para incluirlo como factor primordial en toda planeación de la economía nacional; y —finalmente— en la elaboración de programas y oportunidades múltiples de formación y capacitación de la fuerza de trabajo cooperativista. Quedó muy clara la convicción del movimiento cooperativo de que el desarrollo agrario no se logra sólo entregando la tierra para responder a reivindicaciones políticas, sino atendiendo además en la política agraria a los intereses sociales del campesinado, uno de cuyos componentes clave es la aspiración a convertirse en fuerza económica eficiente en sus propias tierras.

En varios momentos de la asamblea se produjo un diálogo franco, a veces muy crítico, entre los relatores de grupos y el Comandante Wheelock. Apareció claro en este diálogo que el movimiento cooperativo había detectado un esquema de implantación rápida de una federación de cooperativas, propuesta por el MIDINRA, y reclamaba la autonomía para frenar esa propuesta y someterla a una prueba de realidad desde sus bases territoriales, en cuanto a su necesidad y en cuanto al ritmo de su creación, de

forma que la participación a todos los niveles asegure que la red de organizaciones que resulte sea asumida por el campesinado cooperativista como su propia red organizacional, interlocutora del Estado en un modelo de economía mixta y representante genuina de los intereses de clase, populares y nacionales, de este sector del campesinado.

Se reclamó al Ministro del MIDINRA que, días antes de la asamblea, la *Revista del Campo*, suplemento del diario *Barricada* bajo la responsabilidad del MIDINRA, había dado por hecha la fundación en la asamblea de la Federación de Cooperativas, cuando en realidad el asunto iba a ser discutido en ella y aprobado o no. De la misma manera se cuestionó el papel de

los Centros de Desarrollo Campesino del MIDINRA, que levantaban en el campesinado “amargos recuerdos” de la actuación impositiva de funcionarios estatales. Se constató también que hay instancias regionales y ministerios que no tratan a las tiendas de ECODEPA como se trata a las cooperativas de la pequeña industria y mucho menos como se trata a distribuidoras privadas, como por ejemplo “Servicios Agrícolas Gurdíán”, porque no se les dan divisas para apoyar el esfuerzo distribuidor. Igualmente se mostraron discrepancias en el modo de enfocar la urgente reivindicación de legalización segura de la titulación agraria y la creación del Registro especial de la Reforma Agraria. El Ministro del MIDINRA apeló a que el proceso de legalización es complejo y costoso, porque, para ser verdaderamente útil, debería ir unido a levantamientos topográficos de linderos y a examen de suelos, indicando además que los magistrados registradores tienen una actitud conservadora frente a toda innovación en este aspecto jurídico de la titulación.

En cambio, el Comandante Wheelock coincidió con los intereses campesinos cuando afirmó contundentemente que ni una sola pulgada de tierra sometida a la Reforma Agraria va a ser devuelta: no la confiscada a somocistas, porque sería devolver lo que nunca fue suyo sino robado al pueblo; no la expropiada por ociosa, porque la necesidad social está siempre por encima de la individual; y tampoco la expropiada por utilidad pública, por la misma razón. Ahí recibió los mayores aplausos de la asamblea.

En algunos momentos la asamblea pareció ser dirigida por el Comandante Wheelock y no por los dirigentes de UNAG, pero fueron los asambleístas los que con sus franqueza y campechanía desenrrecieron el ambiente. En esta línea fue importante la intervención de la escuela de conservación de suelos en Santa Lucía (Boaco), en donde se han conseguido enormes rendimientos de frijol en base a una tecnología apropiada barata (arada de tierras en círculo, aboneras naturales, barreras anti-vientos, etc.).

El director de esta escuela, con singular gracejo, expuso brevemente estos logros y subió a la mesa directiva para hacer entrega al Presidente Ortega y al Comandante Wheelock de una mata de frijoles de 60 quintales de rendimiento por manzana. Se mostraba así el camino hacia un intercambio de experiencias de la sabiduría productiva del campesinado (el programa de Santa Lucía se inscribe en el proyecto “de campesino a campesino” que involucra a México y Nicaragua). Se patentizaba una alternativa fundada en pequeñas inversiones en tecnología aplicada, generadoras a la vez de mucha organización, frente al camino de la modernización costosa por la inversión intempestiva e impositiva en alta tecnología.

Una constelación de contradicciones: el país ideal proletario frente al país real campesino.

La Asamblea Nacional del Movimiento Cooperativo supuso un primer balance del debate suscitado por la compleja contradicción entre una tendencia de la dirección económica del Estado, identificada con el Comandante Jaime Wheelock y el movimiento campesino organizado alrededor de la Reforma Agraria y de la defensa de la revolución. Se trata de uno de los episodios más importantes de la democratización del proceso revolucionario. Esta constelación de contradicciones se desarrolla alrededor de los siguientes ejes:

1) en la concepción del proceso revolucionario como camino propio nicaragüense hacia el socialismo se enfrentan dos definiciones de la construcción de una tendencia hacia la igualdad, y dos valoraciones sobre el sujeto social que puede impulsar más el avance de esa tendencia; he aquí el primer eje.

2) alrededor de las formas de organización pertinentes para el movimiento cooperativo

se constituye un segundo eje de contradicción que contrapone estilos de organización y niveles de participación.

3) un tercer eje se configura alrededor de dos concepciones de cultura y, consecuentemente, de atraso cultural.

4) la función económica que debe desempeñar el movimiento cooperativo hace surgir también un cuarto eje de contraposición.

5) el quinto eje se articula alrededor de dos maneras de concebir la planificación para que en ella se inserte la economía campesina.

6) la relación óptima del campesinado con la tierra da origen al sexto eje de la contradicción.

En el fondo de estos ejes de confrontación está la convicción del campesinado con identidad revolucionaria de poder contribuir a una socialización de la producción que no pasa necesariamente por la estatización, sino que profundiza el proyecto revolucionario democratizando la propiedad y el poder. Hablamos del campesinado “con identidad revolucionaria” pues no se puede negar que hay contingentes campesinos aún lejanos a esa identidad, que constituyen un terreno de disputa entre la revolución y la contrarrevolución. En la asamblea del movimiento cooperativo, la confrontación, sin embargo, se dio en el marco de una hegemonía sandinista cuyo corazón se transparentaba en la identidad de los campesinos asambleístas como defensores de la revolución, exponentes lúcidos de sus intereses sociales al interior de una alianza de poder popular-nacionalizadora, e interlocutores libres de los dirigentes del estado y del partido revolucionario. Es en el proceso revolucionario donde este campesinado ha despertado a su libertad y donde ve posible la realización de sus sueños. Ese proceso revolucionario significa en concre-

to la presencia hegemónica del FSLN tanto en la UNAG como en el MIDINRA, haciendo posible que se conjuguen intereses a veces contrapuestos según el criterio de una hegemonía englobante que valora como fundamental el avance del proceso. La trascendencia de la asamblea, o mejor dicho, de la identidad que en ella se manifestó, radica en que, si es tomada en serio, puede ir consolidando esa misma identidad en la mayoría del campesinado nicaragüense, haciendo de él la fuerza motriz del camino nicaragüense hacia el socialismo. Pasemos ahora a desarrollar los ejes esbozados.

Primer Eje:

Dos definiciones de igualdad, dos sujetos fundamentales.

La tendencia hacia la igualdad, que todo camino hacia el socialismo integra como una de sus dinámicas fundamentales, queda mejor garantizada, para el Comandante Wheelock, por el predominio de la estatización como forma de socialización que conlleva la tendencia a la proletarianización de las clases populares. Esta concepción, presente también en sectores de la Central Sandinista de Trabajadores (CST), tiene el peligro de conducir a una suerte de sacralización del proletariado. Sería el proletariado la única clase social capaz de plantearse y desarrollar la tarea hacia la abolición de la desigualdad entre las clases sociales.

Fomentar la proletarianización de la fuerza de trabajo supondría el camino privilegiado para comenzar a abolir esa desigualdad en la etapa de transición al socialismo. Esta manera de ver representa también una fijación ahistórica, que consiste en tener como modelo privilegiado de transición al socialismo aquellas sociedades del primero y segundo mundos que o contaban con una clase obrera numerosa o forzaron su expansión por el camino de la estatización y la proletarianización y se lanzaron así a un desarrollo industrial a cualquier costo.

Para el campesinado nicaragüense con identidad revolucionaria, en cambio, la tendencia hacia la igualdad está profundamente enraizada en el sueño de socialización de la tierra. Y la contradicción entre apropiación privada de la tierra por latifundistas y agroindustriales y necesidad campesina de vivir humanamente ha provocado en la historia de la humanidad intentos revolucionarios de una fuerza tal que sólo el dogmatismo de declararlos utópicos ha podido, después de sublimarlos por su nobleza de metas, descartarlos y enviarlos en último análisis al “montón de basura de la historia”, fundamentándose en que no coexistieron con condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas capaces de hacerlos triunfar.

En la asamblea el campesinado tradujo esta tendencia a la igualdad en la transición al socialismo en la continua referencia a un camino que lleve a igualar progresivamente las condiciones de producción, los términos de intercambio y los estilos de vida del campesinado con los de los grandes productores agrarios privados y los del campo con los de la ciudad.

En correlación con estas dos concepciones sobre la igualdad, se configuró en la asamblea una contraposición entre dos visiones del campesinado. Una lo ve como sujeto de reivindicaciones históricas sobre la tierra que habría que conceder para mantenerlo como aliado político. En el polo opuesto, el campesinado se ve como sujeto económico productivo, con organización política revolucionaria de carácter gremial, brotada de la acción transformadora sobre la tenencia de la tierra y con ideología igualmente revolucionaria a partir del igualitarismo que, con excepción de las relaciones hombre-mujer y viejos-jóvenes, está latente en sus relaciones comunitarias al nivel comarcal.

En la Asamblea, el Comandante Jaime Wheelock reconoció que el campesinado cooperativista es sujeto económico productivo y no sólo sujeto “social” de reivindicaciones humanistas.

Con qué coherencia es lo que nos queda por ver al tratar los restantes ejes de la contradicción.

Segundo Eje:

Estilos de organización, niveles de participación.

Los polos que componen el segundo eje de contradicción se configuraron así. El Ministro del MIDINRA insistió en lo

que llamó “una forma superior” organizativa del movimiento cooperativo, una Federación Nacional de Cooperativas, que de ahí se desencadene en formas organizativas en descenso orgánico hasta alcanzar las bases territoriales del movimiento. El campesinado, en el otro polo, se resistía a aceptar este molde organizativo y le contraponía una movilización organizativa que, partiendo del territorio comarcal, vaya generando aquellas formas de organización que respondan a los problemas detectados en el desarrollo concreto de las cooperativas.

En el trasfondo del primer modelo, existe una concepción que imagina toda forma de organización bajo el esquema que han desarrollado en varios siglos las organizaciones nacionales de cooperativas tanto en regímenes de corte socialdemócrata como en los países socialistas. Se trata de un modelo que aspira, quemando etapas, a centralizar nacionalmente las organizaciones gremiales de las clases populares para hacerlas cajas de resonancia acústicamente lo más perfectas posibles a la hora de reproducir las directrices económicas del Estado y sus consignas políticas. Este modelo clásico se enfrenta a otro. La contradicción no se plantea entre que exista o no, al final de un proceso, una federación nacional de cooperativas, sino que se plantea alrededor del carácter autónomo de esta federación y del ritmo según el cual se avance hacia ella. Esta segunda concepción parte de los intereses sentidos del campesinado desde su base social fundamental en el territorio local y quiere que las formas de organización se desa-

rrollen como medio de hacer que estos intereses sean asumidos en forma responsable y por tanto participativa. De lo contrario — afirmaba uno de los relatores en la asamblea — la propuesta de Federación Nacional de Cooperativas “tendrá un cuerpo campesino y un cerebro estatal”.

En la asamblea, el Comandante Wheelock, aun reteniendo su postura de que la organización nacional de una Federación de Cooperativas sería ideal desde ahora (aparente eficiencia contra retrasos en ella por la lentitud del proceso de participación), aceptó la propuesta campesina de ubicarla como meta eventual de un proceso democrático desde las bases y reconoció que su organicidad debe articularse autónomamente alrededor de la UNAG y no directamente alrededor del MIDINRA y del Banco, con el peligro, en esta última alternativa de quedar como un aparato de control del campesinado.

Tercer Eje:

Dos concepciones de la cultura y del atraso cultural.

Las dos anteriores contradicciones tienen su raíz en esta tercera. A pesar de las múltiples pruebas de los desastres a que puede conducir y ha conducido la imaginación de la modernización como prototipo insuperable del progreso, — existe aún en una parte de la dirección del MIDINRA una ideología de modernización que concibe, para citar a Shanin, — “lo industrial, lo tecnológicamente complejo y lo a gran escala no como métodos disponibles para alcanzar ciertos fines sino como ‘cosas buenas’ en sí mismas”. Para esta visión, un campesinado incapaz de manejar con soltura esas “cosas buenas” es un campesinado sin suficiente cultura. La innegable deficiencia académica en educación básica, en conciencia jurídica, en gestión administrativa y en técnicas agronómicas se equipara a deficiencia en cultura. Frente a esta visión, la del

campesinado intuye que su deficiente nivel académico no equivale a inferioridad cultural, pues son altos tanto su desarrollo político como su sabiduría productiva y su identidad cultural, sedimento de una memoria histórica catalizada por la defensa de la revolución. Consecuentemente intuye también que es la movilización de su fuerza de trabajo, una movilización impulsada por el reconocimiento de su identidad popular-nacional, la que puede desencadenar un proceso en el que el campesinado sopesa prudentemente los balances de su economía, hoy tan precaria, y se introduzca a un dinamismo de formación y capacitación que vaya paulatinamente ampliando los márgenes de esos balances.

En **El 18 Brumario** Karl Marx, aún sin la evolución en su pensamiento sobre el campesinado que la confrontación con los movimientos revolucionarios rusos le proporcionaría en la última década de su vida, afirmó que el campesinado francés no constituía una clase. Asemejó su tipo de asociación a la que exhiben un montón de papas “en un saco de papas” y encontró coherencia entre esta falta de identidad de clase y el hecho de que el campesinado francés se dejaba “representar” en el nivel nacional por el mismo Bonaparte. La interpretación alternativa de que los intereses del campesinado francés no tuvieron eco en las organizaciones proletarias revolucionarias y por eso Bonaparte pudiera cooptarlos no entró en el horizonte de interpretación de Marx cuando hizo su análisis de coyuntura sobre el fracaso de la revolución de 1848 en Francia y sobre el golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte. La falta de confluencia entre las luchas proletarias y las campesinas en aquella coyuntura estrechó su horizonte de lectura de la misma coyuntura. El Leninismo radicalizó más tarde la “representación” como papel del partido-vanguardia respecto de las clases revolucionarias. En la asamblea del movimiento cooperativo, el Ministro del MIDINRA evocó al Marx de **El 18 Brumario** afirmando que los mismos cooperativistas manifestaban su debilidad orgánica y cultural al tener que “hacerse repre-

sentar”. Para ello tomó pie de que el grupo de discusión de temas jurídicos tuvo como **portavoz perito** a un asesor legal de una de las regiones de la UNAG, no cooperativista él mismo. En su discurso de clausura, Daniel Núñez resaltó la imagen alternativa: “seremos analfabetos, pero no políticamente”.

Cuarto Eje:

Funcion económica: reserva urbana, motor exportador.

El hecho de que a numerosas cooperativas se les ha definido una función económica de productoras de granos básicos, a veces con una concentración cuasi absoluta en maíz, apunta a una cierta visión vigente en sectores del MIDINRA de que el campesinado organizado en cooperativas de producción (CAS) altamente tecnificadas tiene fundamental — aunque no únicamente — el destino de ser reserva alimentaria para las ciudades, asegurando así el abastecimiento en manos de cooperativas controladas por el Estado en vez de tener que depender de la pequeña producción organizada en las cooperativas CCS consideradas menos confiables y eficientes que unidades productivas estrechamente vinculadas con el Estado. Esta visión de la función económica de las cooperativas en la producción de granos básicos no parece haber sido modificada notablemente por la constatación, hecha en la asamblea por el Comandante Wheelock de que las cooperativas son hoy responsables ya, en porcentajes no desdeñables, de la producción de rubros de exportación. La visión contrapuesta del campesinado se materializó en la asamblea al rechazar el destino tradicional de ser mero productor de materias primas agropecuarias y eterno deudor del sistema financiero. Por eso reclama políticas crediticias de privilegio y políticas similares en el terreno fiscal, para poder poner a pleno uso, desde los niveles de inferioridad tradicional de los que parte, producto de la explotación de la ciu-

dad sobre el campo, su fuerza productiva y la movilización de su identidad como productor.

No hay aquí una contradicción con el objetivo campesino de convertirse en económicamente eficiente. Se trata sólo de reclamar el trato preferencial necesario para poder despegar hacia esa eficiencia. Es evidente que aquí estamos tocando el problema, tan complejo, de los precios de la agricultura en relación con los precios de la industria.

En la asamblea destacó la lucidez con que el campesinado apunta a la superación de su tradicional inferioridad en los términos de intercambio con la ciudad y rechaza una carga deudora imposible de pagarse en términos razonables. La Plataforma de Lucha y las expresiones de los grupos de discusión confluyeron en la comparación de la suerte del campesinado con la del Tercer Mundo y en la equiparación de sus luchas. Así como el tercer Mundo reclama del Primero un Nuevo Orden Económico Internacional y constata la impagabilidad de su deuda, el campesinado nicaragüense se niega a seguir siendo terreno de explotación. El reclamo se extiende también a la exigencia de condiciones que lo equiparen con la burguesía agraria. La razón de fondo es que se ve a sí mismo como fuente no sólo de consumo interno (autosuficiencia alimentaria para sí mismo y para las ciudades), sino como fuente de consumo interno y además como base de exportación y como sujeto capaz de controlar procesos de comercialización y de pasar eventualmente al procesamiento industrial de su producción. No ve en la dirección económica estatal una planificación acorde con esa concepción.

Quinto Eje:

Dos tipos de planificación: verticalismo estatal y lógica de los sistemas productivos.

Mientras la dirigencia del MIDINRA insistió en la necesidad de "perfiles productivos" y de

transferencia de tecnología para las cooperativas, tácitamente concebidos como indicados y delineados desde la misma institución estatal, los campesinos enfatizaron una y otra vez que esos perfiles productivos, necesarios para la racionalidad económica de las cooperativas, deben ser elaborados democráticamente, sin imposiciones de monocultivos ni de paquetes tecnológicos abstractamente más valiosos por el solo hecho de ser más modernos, pero concretamente costosos y difícilmente utilizables sin una capacitación previa.

En coherencia con su confianza en la modernización tecnológica, razón entre otras para planificar desde arriba, el Comandante Wheelock destacó la falta de correspondencia entre "el nivel de desarrollo de las fuerzas de producción (a disposición hoy de las cooperativas)...(y) el bajo nivel de desarrollo de la fuerza productiva humana". Cabe, en cambio, preguntarse si la puesta a disposición de las cooperativas, indiscriminadamente, de tales fuerzas productivas, ha respondido a una planificación que tiene en cuenta la lógica de los sistemas de producción, en los que el sujeto campesino es el factor más importante.

Los cooperativistas, fuertemente secundados y aun liderados en este punto por los medianos productores chapiollos de la UNAG, enfatizaron la realidad de que el movimiento cooperativo es un sector independiente, privado, al interior de la organización de la producción nacional y demandaron participación en el análisis, evaluación y programación de la política económica nacional, ubicando la función del Estado como de apoyo y asesoría a la elaboración democrática de políticas productivas en consonancia con sus sistemas de producción. Devolvieron además el problema a la dirección económica del Estado, afirmando que la planificación nacional no ha definido claramente cuál va a ser la contribución del movimiento cooperativo a la exportación, a la agroindustria y a la autosuficiencia alimentaria.

Sexto Eje:

La tierra: estatización y socialización.

El último eje de esta constelación de contradicciones se configuró alrededor de uno de los sueños más persistentes de toda clase campesina revolucionaria: la tierra. El discurso del Comandante Wheelock tocó el problema de la tierra como uno entre varios "problemas prácticos", que deberían conformar la materia para un plan de acción inmediata. Los criterios para la lectura de su discurso los da el mismo Comandante cuando se refiere a aquellos problemas que él considera estratégicos para el movimiento cooperativo nicaragüense. La titulación de la tierra no es uno de ellos. Lo que él considera estratégico en el tema de la tierra es lo que añadió en una de sus intervenciones posteriores durante la asamblea: que ni una sola pulgada de la tierra adjudicada por la Reforma Agraria será devuelta a sus antiguos propietarios. El problema de una titulación más definitiva de las tierras adjudicadas por la Reforma Agraria no le parecería así de estratégico. Si así fuera, el campesinado tendría el peligro de volver a ser considerado como sujeto "social" de reivindicaciones históricas, a las que podría ser razonable responder con estilo humanista y para satisfacer los intereses, de tendencia aún no plenamente socialista, del aliado político más importante del proletariado.

Para el campesinado, en cambio, la titulación definitiva de las tierras cooperativizadas significa una condición indispensable para que los cooperados se sientan dueños de la tierra, sujetos plenamente productivos, trabajadores, para quienes la tierra se ha socializado definitivamente, disponiéndolos así para emplear todas sus energías en contribuir al desarrollo económico del país. Se trata en definitiva de poder convertir la tierra de la cooperativa en lugar de habitación para sus familias, es decir en una especie de comarca. Se trata también de poder

combinar la producción colectiva con un terreno familiar de economía campesina, que ayude a balancear los dilemas que frecuentemente se le presentan como sin salida a consecuencia de la precariedad de sus balances financieros y tecnológicos. Se trata de poder acomodar su economía a perfiles productivos acordes con su ecología local. Se trata de tener la capacidad de negociar con el Estado cuando intervenga alguna necesidad de utilidad pública que haga al Estado plantearse el proyecto de ocupación de parte de las tierras cooperadas (por ejemplo, por razones de defensa nacional, de red vial, etc.).

En el fondo se trata de concebir que el camino más expedito para un modelo socialista en países como Nicaragua no pasa necesariamente por la estatización de los medios y de las condiciones de producción, sino que puede pasar real y óptimamente por una mezcla de formas de propiedad que, socializando los bienes, salven el escollo de la fusión y confusión de poder y propiedad en las mismas instancias estatales. Esto sería tanto más verdadero cuanto más se trabaje en una resolución de las contradicciones al interior de las clases populares que conforman la alianza revolucionaria a través de la construcción de una hegemonía que rompa la frontera infranqueable entre lo público y lo privado. El reto del camino hacia el socialismo no consiste tal vez en abolir el ámbito de lo privado (la parcela familiar campesina o el título de propiedad cooperativo, por ejemplo) o en declararlo sospechoso a perpetuidad de subrepticio capitalismo, sino en superar el abismo entre lo público y lo privado, creado por el capitalismo, en una síntesis de integración personal en la sociedad: el camino hacia el reino de la libertad es correlativo con la asociación libre de los productores en formas múltiples de socialización.

La democratización revolucionaria, camino al socialismo.

La lectura, en la tarde del día 13, de la Plataforma de Lucha dejó bastante que desear como experiencia democrática. El documento había

sido manejado en las discusiones por todos los asambleístas. En una tediosa lectura de hora y cuarto en tiempo poco propicio (después del almuerzo), las modificaciones al documento no fueron destacadas una por una para que la asamblea se diera cuenta de cómo habían sido recogidos los aportes de la discusión en el texto presentado para su aprobación final. La aprobación fue pedida y dada por aclamación.

Esta forma poco democrática ocasionó algunas variaciones en el texto que respondían más a la postura del MIDINRA en el debate que a la de la UNAG. Baste un ejemplo. El texto original de la Plataforma decía así, al hablar de uno de los problemas del movimiento cooperativo, proveniente de factores externos al mismo: *“Los estilos verticalistas e impositivos del Estado, el Partido y la misma UNAG, han constituido un problema que frena el desarrollo de nuestras cooperativas.”* La nueva redacción, que capté mientras se leía, reza así aproximadamente: *“La ausencia de un movimiento cooperativo unitario ha permitido la injerencia y los estilos verticalistas e impositivos del Estado, el Partido y la misma UNAG, ocasionando así un problema que frena el desarrollo de nuestras cooperativas.”* El nuevo texto —¿será el definitivo?— consigue dos cosas: modera la crítica del cooperativismo al verticalismo y atribuye el verticalismo a una especie de suplencia inevitable de la autonomía que al movimiento cooperativo le habría dado una “forma superior” de organización.

Evidentemente, ello no toma en cuenta que el movimiento cooperativo como lo reconoció en la asamblea el mismo Comandante Wheelock no ha sido considerado en años anteriores sujeto económico productivo, sino solamente sujeto “social” de reivindicaciones históricas humanistas.

Es evidente que la Primera Asamblea Nacional de Cooperativas se insertó en la confluencia de dos corrientes que recorren hoy el proceso revolucionario nicaragüense: la profundización, no sin obstáculos, de sus tendencias democráticas (no se transforma en un abrir y cerrar de ojos

toda la constelación de costumbres creada por la necesidad de dirección fuertemente disciplinada en tiempos de guerra), y el fuerte debate alrededor de la economía campesina como factor de acumulación y pilar de una primera fase de desarrollo económico.

La UNAG, como organización del campesinado en la que se inscribe el movimiento cooperativo, es tal vez la organización popular que —junto con la ATC de los obreros agrícolas— más capacidad tiene y ha demostrado de contribuir a la democracia cuyo contenido no es sólo político e ideológico, sino también económico y de propiciar así el despegue económico en la etapa de paz y reconstrucción en que Nicaragua está ingresando. Aún le falta a la UNAG mayor desarrollo democrático de sus estructuras organizacionales (en las que hay que conjugar los intereses de pequeños y medianos productores, de cooperativistas y burguesía chapolla) y mayor formación de sus miembros para poder aunar productividad económica con poder popular. Y le falta también al Estado y a su dirección económica una decisión más inequívoca de que su contribución al fortalecimiento del movimiento cooperativo inscrita en la plataforma electoral del FSLN, sea parte articulada de una orientación de la economía que confíe en el campesinado ideológica, política y económicamente.

Indudablemente el mismo choque que se dio en la asamblea, los avances y los retrocesos que en ella se dieron, son parte integrante de ese camino revolucionario hacia el socialismo que es el proceso de democratización en marcha. Que este camino sea empinado y rugoso a nadie puede extrañarle. Choques de este tipo construyen la democracia, —cuando se dan en medio de una hegemonía revolucionaria.

El arte de lo posible y el sueño del futuro: de clase incómoda a pilar de la revolución.

El Presidente Ortega, al clausurar la asamblea, anunció ya una serie de medidas favorables

al movimiento cooperativo y posibles en esta coyuntura: tasas de interés 30% menores que las del “sector productivo”; reestructuración de la deuda de maquinaria y equipo cordobizándola al 10.000 por 1; creación de un fondo nacional cooperativo de \$ 10 millones anuales, destinado a impulsar la rehabilitación cafetalera y ganadera y a las cooperativas en zonas de guerra; crédito para gastos de internación de insumos y bienes de equipo que financie el 100% del costo a 4 años plazo con uno de gracia, al 50% de la tasa de interés mensual del “sector productivo”; amortización de los medios de transporte en cuotas no mensuales, sino por ciclo productivo, según rubro; mantenimiento de la presencia de UNAG en el Consejo Nacional de Planificación, etc., etc. Son medidas en el buen camino, manifestación del arte de lo posible que es la política; se inscriben, sin embargo, en un marco global económico aún en debate.

“Mataron a Sandino — dijo el Presidente Ortega — y destruyeron sus cooperativas (de Wiwilí). Pero hoy su sueño se ha convertido en realidad.” Para que esta realidad se afiance y el campesinado pueda seguir soñando un futuro en que sus intereses encajen en un marco más revolucionariamente hegemónico, será preciso continuar escuchándolo y arriesgarse con él como portador de una de las más firmes alternativas de

desarrollo en los pequeños países periféricos como Nicaragua.

“La clase incómoda” — como definió Shanin al campesinado ruso con el que Marx se confrontó creativamente en la última década de su vida —, es en realidad uno de los pilares de la revolución sandinista. Así la califica la Plataforma de Lucha del movimiento cooperativo. No es la dirigencia revolucionaria la que “cedió” a las cooperativas la tierra ni es la revolución en abstracto la que “ha concedido” tierras y recursos a las cooperativas. Esas expresiones, pronunciadas por el Comandante Wheelock en la asamblea, son el resabio comprensible de concepciones verticalistas y estatizantes en vías de superación. El campesinado, integrándose en la revolución, y muchos antiguos obreros agrícolas tomando la opción de campesinizarse revolucionariamente — junto con todas las fuerzas revolucionarias en alianza con el campesinado — son los que han empezado a dar a la tierra de Nicaragua su destino social, en fecundo y a veces exigente diálogo con la dirigencia de la revolución. *Lo que está en juego en Nicaragua no es una transición al socialismo de la que ya se conocería el diseño, sino una transición desde el capitalismo a un modelo socialista que se va inventando sobre la marcha.*